

Entre murmullos

Volvió a salir el sol. La vida llena de lamentos con ganas gritar sin poder hacerlo, las lagrimas que ya no podía contar ni controlar, mis parpados seguían pegados sin mirar a ninguna parte, seguían sin rumbo, sabía que por la tarde, cuando regresara a casa estaría más vacía que nunca, todas las cosas de Pere ya no estarían, el espacio quedaría cubierto de fantasmas moviéndose de una habitación a otra, allí estaba, todo recogido, toda una vida, encubierta en un sin fin de sensaciones oscuras que dañaban todos mis pensamientos más profundos, que brotaban sin consentimiento por todas partes, saturaban mis ganas de pensar, de soñar. Me quede sola con mis lagrimas, con mi piel quemada por el espanto, tan solo unos meses antes me sentía, como siempre, aparentemente bien y ahora el gran tejado se había desmoronado en un instante.

Ariadna, mi hija, tenía 20 años había conseguido lo que siempre tuvo tan claro, incluso desde muy pequeña, bailar y diseñar, dibujar con la sensibilidad que solo ella sabía, hacía tan solo dos meses vivía en Barcelona junto a David que estudiaba medicina y trabajaba en la línea de metro; eran felices y eso pertenecía al único consuelo que tenía.

Estaba sola, tenía todos los recuerdos que solo servían para dañarme aún más, después de dedicar toda una vida a mi marido y olvidarme, sin razón, a esconder mis placeres e inquietudes que habían formado parte de mi esencia, tenía ese gran vacío que se había apoderado de mi de una manera espectacular, sin consentimientos, sin agradecimientos, durante todos estos años pendiente de Pere, de su bienestar, de sus inquietudes, de sus fantasías,

de sus proyectos y yo mientras a su lado respetando cada milímetro de su vida y ¿Qué tenía? tenía el alma vacía, llena de remordimientos. Me veía muy mayor con 40 años sabiendo que su nueva novia tenía la misma edad que Ariadna. Pere se había ido lejos para dejar pasar todos y cada segundo de lo compartido durante todos estos años, olvidarse era lo más cómodo y sencillo para él, después de los gritos y peleas en silencio sin pronunciarle ni una sola palabra. Por la noche ya no había rastro de él, ni su olor era capaz de recordar, el miedo no me dejaba.

Había hablado con Ariadna, por teléfono, sin llorar, era el mayor reto del día contarle a mi hija una parte de lo que había pasado sin el asomo de una lagrima, pensaba tan dentro de mi que iba hacer ahora sin nadie, sola, completamente sola, me aterraba esa idea, ¿Cómo volveré a vivir? ¿Cómo me olvidaré de Pere? Lo que tenía claro es que quería tranquilidad y olvidarme de esta amargura que me estaba comiendo hasta la más onda parte de mis entrañas, me estaba destruyendo toda mi esencia, la poca que me quedaba, esa que tenía abandonada desde hacía tiempo.

El viernes estaba Ariadna conmigo llegó sin avisarme, ella y David, a Tarragona. Llevaba toda la semana sin ir a trabajar, sin quitarme el pijama y viviendo escondida detrás de mi sofá, mientras Ariadna sentada junto a mi mirándome sin decir nada, David empezó a recoger, a ordenar a quitar un sin fin de cosas que estaban por medio, oí el ruido de las persianas con los ojos medio abiertos, me costaba mantenerlos despiertos, le dijo a Ariadna que se iba a comprar comida, nos quedamos solas y nos abrazamos, fue como abrir una luz en medio de la tiniebla con tanto miedo, con tanto horror, mis alas estaban cosidas y ella con toda su calma mirándome con sus ojos azules, los

más bonitos, como si de un ángel se tratase, me dijo: -te prometo que todo va a ir bien mama, se fue papa pero no te vas a quedar sentada viendo a que pase la vida, vas a reírte, vas a levantarte y vas a vivir.

Los siguientes quince días tuve a Ariadna y a David conmigo y yo poco a poco pude despedirme de mi pena con amor, con cariño, con agradecimiento por todo lo que me rodeaba, pude secarme las lagrimas y poder salir del pánico, pude asomar la cabeza como si estuviera entre algodones de colores, pude combinar mi tiempo y mirarme al espejo, observar que apenas tenía arrugas, que mis pechos seguían en su sitio, que mi pelo largo y rizado seguía siendo bonito, me ví realmente guapa, abrí mi armario y lo vacié todo, luego me compre ropa nueva, hacía muchos años que no tenía en mi armario unos simples tejanos y unas botas. Los siguientes días me dedique simplemente y exclusivamente a mi me di cuenta que tenía la oportunidad de vivir al ritmo del aire, tenía dos cosas muy importantes; ser mujer y tener valor.

En el trabajo solicite la excedencia, necesitaba empezar de nuevo, recuperar mi esencia, encontrar mi yo, acordarme de todo lo que me gustaba y había olvidado. Iba a gastar toda mi energía conmigo misma y a recuperar lo que creía que no iba a volver a recuperar nunca; iba a recuperarme yo misma.

Me sentía llena de fe, de fe hasta el infinito, me había dado permiso para hacer lo que quería hacer, todo aquello que me había vetado yo misma, tenía que crear mi camino. Me encontraba sentada en aquel tren llena de miedo y felicidad al mismo tiempo, era un coctel de sensaciones. Había vendido la casa, olvidando así todos los recuerdos que ya no servían para nada solo que para alimentar la amargura, con mis dos maletas estaba subida en aquel tren con destino a Madrid, quería convertirme en algo normal y natural, quería

volver a pintar sabiendo que era volver a despertar la mayor de mis pasiones. Baje del tren y cogí un taxi, me dirigí al centro de Madrid, a la calle San Bernardo, donde había alquilado una habitación en una pequeña pensión. Al llegar, Emmy, la dueña, estuvo amable y al cabo de un rato de hablar me pregunto a que me dedicaba - Soy pintora, respondí con plena firmeza ¡¡¡PINTORA!!! esa palabra se enganchaba en mi corazón al oírla, por primera vez sentí tener la fuerza necesaria para desear cuanto quisiera para empezar el misterio que la vida que me estaba ofreciendo.

Durante casi dos años anduve pintando y pintando, recorriendo las calles de Madrid, sacudiendo todo sentimiento que no me gustaba, había encontrado el auténtico antídoto contra el miedo: ser yo misma. Pude iniciar mi primera exposición y vender mis primeros cuadros. Allí es donde me encontré con Joel, después de tantos años, ese chico loco que no fue valido para ser mi novio formal para mi familia y el resto de la gente, ese chico del que estuve profundamente enamorada, ese novio que deje por Pere y allí estaba casi igual que siempre, nos miramos como si de dos fantasmas se tratase ¡no podía ser! era realmente como si fuera magia, se acerco y pregunto: - ¿eres tu? Con una sonrisa abierta, clara y dulce, apenas pude responder, me explico que se fue de Tarragona para hacer realidad su única ilusión; la música, lo mismo que yo había hecho hacia dos años atrás, por la pintura. A partir de ese día no nos volvimos a separar, su amor me hizo volar a las más altas sensaciones jamás sentidas, me provocaba un auténtico sentido a mi vida cada instante junto a él. Viaje para encontrar la belleza de mi vida y la encontré en todos los sentidos, mi sendero tenia grandes posibilidades y lo que pasara a partir de ahora dependía de mi, de nadie más.